

La Fragua de los tiempos abril 2 del 2006 No. 682

Los tiempos fotográficos de Pancho Villa.

El libro de Miguel Ángel Berumen “Pancho Villa la construcción del mito” tiene en total 129 imágenes, de las cuales 97 están dedicadas a Francisco Villa y las 32 restantes a diversos personajes de la revolución.

De las fotografías donde aparece el general, mas de la mitad son conocidas porque se han difundido a través de libros, periódicos, revistas e incluso en postales de circulación comercial, sin embargo, en varios casos Miguel Ángel tuvo acceso a originales y cuando utilizó copias estas se caracterizaron por su buena calidad, dando esto, por resultado que todas las fotografías del libro se caracterizan por la excelente calidad y seguramente fue esta la condición principal a la hora de la selección, es decir la calidad.

De las 97 fotos en las que aparece el general Villa se puede hacer un agrupamiento en tres paquetes de acuerdo al momento histórico en que se registraron:

- 1) Dieciséis de la toma de Juárez a la defensa del gobierno maderista (mayo 1911- junio 1912).
- 2) Sesenta y dos de la etapa triunfante del villismo (junio 1913- marzo 1915)
- 3) Diecinueve de los convenios de paz, a la emboscada en Parral. (julio 1920- julio 1923).

Sin llegar a la precisión se puede sugerir que esta proporción es mas o menos representativa de los “tiempos fotográficos” de Villa, es decir de los tiempos en que se le tomaron la mayor cantidad de las fotos.

Hay que decir que no se le conocen fotografías de los años previos a la revolución. Antes de 1900 las autoridades de Durango lo tenían bien identificado como Doroteo Arango y se le perseguía bajo esa identidad, después, a partir de 1901 decidió usar diferentes nombres falsos y fue hasta poco antes de incorporarse a la revolución cuando se empezó a identificar como Francisco Villa, pero de fotografías nada, por seguridad no permitía que lo retrataran por eso es que solo han circulado dos o tres fotos anteriores al año de 1911.

De las tres etapas en que hemos dividido las fotos de Villa que aparecen en el libro, indudablemente que la más profusa en imágenes es la segunda por razones obvias y eso lo explica muy bien Miguel Ángel entre las páginas de su texto.

Después, durante el periodo de lucha guerrillera (1916-1919) se le tomaron muy pocas fotografías y son raras las que se han dado a conocer.

A mediados de 1920, a punto de firmarse los convenios de paz se le toman algunas fotografías y esporádicamente posaba para los periodistas que acudían a Canutillo, sin embargo no son muchas las imágenes que se conocen de esta etapa, aunque también se debe considerar que todavía hay muchas fotografías guardadas entre particulares o en archivos sin clasificar.

El lenguaje de los retratos

En los tiempos de Pancho Villa la fotografía tenía muchas limitantes y por regla general los fotógrafos le recomendaban al sujeto que no se moviera, lo hacían posar y por eso casi todas las fotos de Villa son así, en pose, a veces sonriendo mostrando sus dientes carcomidos por la caries, o bien, dejándose retratar sin darle ninguna expresión especial a su rostro.

Revisando todas las fotografías del libro podemos comprobar que en casi todas las correspondientes a la etapa triunfalista nos muestran a un Villa optimista, sonriente, o no sonriente pero bien seguro de su destino y de los ejércitos que dirige.

Foto 1.-

De esta serie se puede usar como representativa de su semblante triunfalista la de la página 16 que se tomó a finales del año 1914 y donde aparece él adelante de media docena de sus hombres, entre ellos Rodolfo Fierro ubicado a su derecha. Contemplamos aquí a un Francisco Villa, disfrutando el interés que despierta su persona entre los habitantes de la capital. Miramos a un Villa completamente relajado, a grado tal que cuando lo están retratando no hace nada para aparecer mas formal, ni se cuadra para darle realce a su catadura de militar, ni busca el gesto especial, solo juntó un poco las piernas en posición de firmes, pero dejando las manos adentro de las bolsas del pantalón y como no queriendo la cosa dirigiendo sus ojos hacia la tangente como hacen las muchachas cuando quieren aparecer mas coquetas. Sin lugar a dudas el hombre estaba despreocupado pero más que nada estaba gozando el placer de encontrarse en el centro de la atención de los habitantes de la gran ciudad y de los fotógrafos y periodistas.

Foto 2.-

Una foto rara es la de la página 91 tomada probablemente en Bermejillo, aquí vemos a Villa recién incorporado a las fuerzas de la División del norte Huertista, es el mes de mayo de 1912 y va caminando a la derecha del general porfiriano y huertista, Trucy Aubert. Marchan juntos pero no son iguales, el huertista Aubert viste su uniforme militar característico de las tropas federales, en cambio Villa, por ser soldado “irregular” viste un traje charro sencillo, sin adornos el cual, por cierto, le queda chico, muy ceñido del tronco.

Cada uno camina metido en sus pensamientos y sus ideas de la revolución, un abismo los separa; lo único que los une en ese momento es la encomienda del presidente madero de combatir a los rebeldes orozquistas, pero los federales, militares de carrera odian a Villa y buscarán la primera oportunidad para deshacerse de él y de su gente.

Así sucede al mes siguiente, en junio de 1912, Huerta acusa a Villa de indisciplina con la única intención de fusilarlo, el general se salva en el último momento pero es encarcelado y enviado a la ciudad de México, escapando exactamente un año después e iniciando una nueva guerra que lo convierte en el peor enemigo de Huerta y también de este general Aubert de mirada ladina que camina a su lado como si fuera una especie de dios.

Lo raro de esta foto es que precisamente los sujetos van caminando, no conocemos otra igual. Hay una de Madero caminando por las calles de El Paso Texas, pero esta de Villa es tan especial que según se dice el pintor chihuahuense David Alfaro Siqueiros la escogió como modelo para plasmar una pintura poco conocida que se encuentra en la colección particular de la familia Siqueiros.

Foto 3.-

Esta de la página 53 es una de las imágenes más conocida y la que más nos ha impresionado desde siempre: el general Villa sentado en la silla presidencial, 6 de diciembre de 1914.

Sobre el momento histórico en que tuvo lugar este acontecimiento, la versión mas completa que hemos encontrado es la del mayor de caballería Rito E. Rodríguez quien con detalle narró en la revista El Legionario (enero 15 de 1958) que: “después de terminado el desfile, que duró casi ocho horas... se sirvió un banquete en céntrico restaurante metropolitano, acto continuo, al general Villa se le ocurrió regresar al Palacio nacional, acompañado del general Zapata, de su compadre Tomás Urbina y algunos otros jefes y oficiales y ordenó que le llevaran un fotógrafo para que le tomaran una foto sentado en la silla presidencial (...)

El hecho de haberse retratado así fue una ocurrencia de Villa, pues muchas veces les llegó a decir a sus íntimos amigos que él nunca pelearía la silla por no estar preparado para ser presidente y sin embargo se sentó en ella y antes de que el fotógrafo hiciera funcionar el

obturador de su cámara le dijo: “espérese tantito amiguito” y se inclinó hacia el lado izquierdo para que saliera en esa histórica fotografía el escudo nacional que la silla presidencial tenía grabado en el fondo.”

Se dice que el fotógrafo tomó cuando menos tres fotografías que pertenecen al fondo Casasola, cuyos originales se encuentran resguardados en la Fototeca del INAH en Pachuca, Hidalgo. Precisamente esta institución editó un paquete de postales dedicados a Villa donde se incluye una foto del mismo momento pero con algunas diferencias. En aquella el general Villa tiene la cabeza ladeada hacia el general Zapata y sin dejar de sonreír le está diciendo algo mientras el general sureño lo observa con seriedad pero esforzándose en sacar una sonrisa. Rodolfo Fierro también ha cambiado de posición girando su cuerpo hacia la derecha como tratando de escuchar lo que Villa le está diciendo a Zapata. Mientras tanto, Urbina a la derecha de Villa y Otilio Montaña a la izquierda de Zapata se mantienen impasibles, no cambian de posición, casi no cambian el rostro, son como dos estatuas.

Esta fotografía nos gusta por su carácter espontáneo y festivo, por el gran simbolismo que encierra, eran cinco generales los que se juntaron para jugar un poco con la silla de la ambición presidencial estaban felices como niños traviesos, cada quien a su manera. El futuro les parecía ancho y seguro ¿Quién los podía detener? Nadie se imaginaba que antes de diez años los cinco estarían muertos y lo mas extraño e impredecible, que todos morirían violentamente, dos de ellos “ajusticiados” por su propia gente: a Tomás Urbina, con la venia de Villa lo mataría el general Fierro; a Otilio Montaña, con la venia de Zapata lo matarían sus mismos compañeros; a Zapata y a Villa los carrancistas; y a Fierro, el mas sanguinario de todos lo mataría la soberbia, en una laguna de Casas Grandes Chihuahua.

Nos imaginamos a estos jefes revolucionarios caminando por la calle, después del gran desfile militar, alrededor de ellos decenas de curiosos que no quieren perderse de nada en aquella especie de suerte que los había puesto en el lugar indicado y en el momento oportuno junto a los grandes ídolos populares del momento; caminan, caminan repegados, ninguno quiere perder su lugar, de repente los generales se introducen a Palacio y los mas atrevidos de aquel “chinchorro”, los mas audaces los siguen y como pueden se acomodan alrededor de la silla: niños de la calle, empleados del gobierno, estudiantes, algunos soldados y hasta un güero con cara de gringo portando un sombrero prieto, diferente a todos los que se ven por allí.

Todos están felices frente al fotógrafo, pensando cada cual en la proeza de que están siendo los protagonistas de un gran acontecimiento: ¿quedar retratados junto a Villa y Zapata ;

Al momento de quedar registrada la imagen se nos ocurre que el general Villa esta mirando a alguien hacia el frente, hacia una multitud que se quedó allí y que no salió en la foto, les está sonriendo a quienes lo miran, mientras inclina su cuerpo hacia la izquierda para que se vea bien que es el águila real.

Zapata, en una silla menor, y sin águila, se muestra desconfiado, no muy convencido del juego: Urbina, Montaña y Fierro, entre los más leales solo están porque allí están sus jefes. Atrás de la silla y de los hombres de la guerra, el pueblo, pensando en el futuro, pensando tal vez en que todo aquello será bueno y que las cosas van a cambiar. Casualmente de este contingente representativo del pueblo, los más próximos a los líderes son dos niños y una mujer, de los niños uno al lado de Villa y el otro al lado de Zapata, y casi en medio de estos la única mujer que estuvo allí. Por cierto que entre los niños, la mujer y los generales Villa y Zapata forman la figura de un pentágono.

El niño que está junto a Villa tiene la mitad del rostro oculto entre las alas del águila pero los ojos bien abiertos. El otro, el que está junto a Zapata muestra una fresca sonrisa que contrasta

con el gesto atufado del general suriano. La mujer con la mirada hacia abajo, escéptica, como queriendo decir que ella no se la cree, que a final de cuentas nada va a cambiar y que después de todo el jolgorio llegarán a esa silla presidencial otros peores que don Porfirio.

¿Que otros pensamientos flotaban sobre aquel pesado espacio encerrado entre los muros de la inmensa sala de la autoridad nacional?

¿Como se imaginaban aquellos ciudadanos que iba a ser el país en el futuro?

Quizá en aquel momento nadie lo quería imaginar pero todos estaban convencidos de que Villa y Zapata juntos eran invencibles. Estaban seguros de que nadie los podría derrotar y menos aun después de haber contemplado aquel inmenso desfile de tropas que nunca antes se había visto por las calles de la gran capital.

Foto 4.-

De la página 23, por no dejar incluimos esta foto que ahora lo único que nos está diciendo es que Villa tenía los dientes muy fregados, mostrando a la vez que no es cierto que todos los rancheros gozan de buena dentadura.

También nos está diciendo que entre combate y combate entre amores y amores probablemente Villa sufría intensos dolores de muelas. Al respecto el doctor Rubén Osorio nos contó una anécdota muy simpática a la que le pondremos por titulo: “la muela de Pancho Villa”.

Resulta que el doctor Osorio fue muy amigo del señor Francisco Piñón, hijo adoptivo de Villa y quien convivió muy estrechamente con este durante los días de Canutillo. Platicando con Osorio, un día, de los años ochenta, le informó que él conservaba en su casa una muela del general y acto seguido le platicó como había llegado a su poder y esta fue la historia.

“Una noche, poco antes de que la emboscada de Parral, el general me fue a despertar en la madrugada diciéndome – ándele piñoncito levántese, venga, acompáñeme a la fragua que no me deja en paz esta canija muela. Se fueron a la fragua y allí con unas tenazas de herrero, aguantándose el intenso dolor, el general se extrajo la muela del sufrimiento. Luego me extendió la mano y me dijo en broma - tenga piñoncito, hay se la encargo pero me la cuida muy bien, después me la regresa.”

El joven Piñón la guardó celosamente y la anécdota no concluyó allí pues ese mismo día le dijo a Osorio:- mire doctor, a mi ya me queda poco tiempo y no hallo que hacer, se la doy a usted y si considera que en algún museo la van a conservar bien entonces la entrega en mi nombre. Osorio aceptó el encargo, envolvió muy bien aquella pequeña parte del cuerpo de Villa. Al poco tiempo murió el señor Piñón, pasaron otros años y cada vez que Osorio miraba aquel paquetito entre sus papeles de historia pensaba que tenía un gran peso encima y no hallaba que hacer con la muela del general.

Finalmente un día se decidió, pensó que lo mejor era entregarle la muela a los hijos del señor Piñón para que ellos decidieran lo que se tenían que hacer, se las llevó en el mismo paquetito y así fue como se liberó de la pesada responsabilidad de ser el custodio de la “reliquia”, del pequeño pedazo del cuerpo del general Villa.